

Pilar Eyre
FRANCO
CONFIDENCIAL

Con nuevo prólogo de la autora



Una historia de ambición de poder,
intrigas de palacio
e intimidades reservadas

DESTINO

Pilar Eyre

Franco confidencial

Una historia de ambición de poder,
intrigas de palacio e intimidades reservadas

© Pilar Eyre, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición en Destino: noviembre de 2013

Primera edición en esta presentación: junio de 2025

ISBN: 978-84-233-6805-1

Depósito legal: B. 8.988-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

Prólogo	9
1.	11
2. Paquito (1892-1907)	19
3. Franquito (1907-1917).....	67
4. El comandantín (1918-1926)	125
5. El director (1927-1932)	197
6. El general (1932-1936).....	255
7. El Generalísimo (1937-1940).....	325
8. El Caudillo (1941-1951)	393
9. El dictador (1952-1962).....	483
10. El superviviente (1963-1974)	581
11. (1975)	691

—¡Paquito! ¡Rapaz del demonio!

Se abre de golpe la puerta del caserón de la calle de María y una ráfaga violenta de viento húmedo empuja hacia dentro a un hombre alto, de grandes bigotes blancos lacios por la lluvia, que anda desarbolado y tambaleante dando voces:

—Paquito, ¿dónde estás?

Paquito oye a su padre, pero solo se estremecen las puntas de sus orejas, agudas como las de una liebre. Está en su cuarto con los ojos fijos en su cuaderno, con las piernas colgando de la silla y los calcetines sucios caídos sobre los delgadísimos tobillos. Tan concentrado que saca medio centímetro de lengua mientras traza cuidadosamente una línea, el tallo de una flor, un edelweiss, que solo ha visto en los libros. Mueve los labios, pero no reza, ¡canta!, las coplas aldeanas que le ha escuchado a la criada:

*Polo río abaixo
vai unha troita de pé,
corre que te corre
quen a puidera coller.*

El bramido de su padre llega mezclado con las sirenas de los buques y la furia del vendaval que golpea la costa:

—¡Paquito! ¡Te mato, Paquito!

A Paquito no le tiembla el pulso; ahora dibuja sobre la flor diminutas gotas de rocío sin dejar de cantar la misma estrofa una y otra vez, mientras calcula cuánto tiempo tardará su padre en llegar a su habitación. Y si podrá acabar el edelweiss.

Y dónde recibirá los golpes ahora. Y si alguna vez lo matará. Se le seca la garganta, le arde el estómago y sus mejillas toman la lividez de un cadáver.

*Polo río abaixo
vai unha troita de pé.*

—¡Paquita!

De los canalillos de las tejas caen al suelo chorros de agua, y pasan sombras negras, inclinadas, por la calle, y todo huele a crimen.

Con el hombre entra el olor a tabaco, a alcohol, a tormenta, a miedo.

Nicolás Franco Salgado-Araujo, que en este año, 1899, ha cumplido cuarenta y cuatro, manotea como si estuviera intentando salir a brazadas de la misma ría de El Ferrol, él, que aun siendo marino nunca ha aprendido a nadar. Y es que trata de sacarse al mismo tiempo de encima el empapado gabán y a su mujer, que intenta abrazarlo para impedirle llegar hasta Paquito. La mujer lo suelta un momento para empujar la puerta y dejar la tormenta afuera, y el hombre aprovecha para darle un empujón. Pilar, embarazada de ocho meses, va a parar contra el perchero del recibidor y se lleva la mano a un costado. Aun así le suplica:

—Nicolás, deja al niño. —Señala a la cocina, de donde llega el olor grasiento del caldo—. Te pongo el tocino con el pan centeno y una taza de ribeiro en el comedor. ¡Soledad, lleva la bandeja para el señorito!

Su marido la empuja a un lado con la mirada fija en el final del pasillo, donde está la habitación de Paquito.

—Déjate de caldo y tráeme la correa, que le voy a dar unos azotes a ese desgraciado, ¡le voy a arrancar la piel a tiras! ¡Hasta los primos de la Puente se ríen de él y dicen que es marica! ¡Paquito!

Pilar, muerta de miedo, invoca el escándalo alargando las vocales en el dulce acento de su tierra:

—Nicolás, Nicolasiño. ¿Qué dirán los criados? ¿Y los vecinos?

Los criados son la criada traída de la aldea, Soledad, que no cobra desde hace dos meses, y los vecinos, la tía Gildita, que, acostumbrada a los gritos de su hermano, continúa bordando espaldares para todas las butacas de la casa a la amarillenta luz de un candil en la galería acristalada, mientras dice para sí misma:

—Menos mal que no me he casado; los hombres son cosa mala, sucios, animales, borrachos. ¡Pobre Pilar! ¡Es una santa! Yo no estoy hecha de su madera y lo mandaba a tomar por *cu*. Ay, si el difuntiño viera todo esto.

Porque la tía Gildita cuando habla a solas suelta palabrotas como cabrón y cosas peores. Y el difuntiño es el padre de Nicolás y ella, de nombre Francisco, que cuidaba enfermos pobres en los hospitales y también era santo.

Nicolás va dando bandazos por el corredor, manchándose de cal las mangas del traje, con la mirada extraviada:

—¡Paquito! ¡Mamalón!

Paquito tiene siete años. Ramón, con cuatro menos que él, lo mira desde debajo de la cama de hierro con el dedo metido en la boca. La revoltosa Pilar, «Pila», entra de puntillas y silenciosamente se arrastra debajo de la cama también. ¡Los hermanos Franco saben desde muy pequeños que para hurtarse a la violencia del padre deben pasar lo más desapercibidos posible! El mayor, Colás, aguanta la respiración detrás de la puerta de su cuarto, porque sabe que si logra pasar inadvertido, Paquito hoy será la única víctima. Todavía tiene las marcas en la espalda de los últimos correazos que ha recibido por traer malas notas.

—¡Paquito!

Cada vez más cerca.

Sí. Ya está aquí

Porque el hombrón ha conseguido llegar a trompicones al

cuarto de su hijo. En la puerta saca aún la petaca de aguardiente del bolsillo y se atiza un latigazo como para darse fuerzas. Tose, escupe un salivazo negro y, con voz pavorosa, ruge:

—Tú, marica, ¿qué haces?

Ramón y Pila reptan hasta pegarse contra la pared y tiran de la manta de borra hasta el suelo para que no se les vea; la madre, a espaldas del hombre, con la mano sobre el vientre abultado, trata de tranquilizarlos con un gesto y al mismo tiempo pide silencio a Paquito. El marido, contoneándose y con las córneas inyectadas en sangre, se acerca al niño y con el frasco de aguardiente le da un golpe en el hombro que casi lo hace caer de la silla.

—¿Qué haces, Paquita?

El niño levanta primero los párpados, lentamente aparecen sus ojos terribles. Ojos ya de adulto, enormes, como inmensos faros que le comen toda la cara. Blanco como el papel sobre el que dibuja, finge serenidad aunque no puede evitar que la voz se le quiebre con un gallo angustioso, fruto del pánico, cuando le contesta a su padre:

—Nada. Estoy dibujando.

El padre se acerca. Mira el papel, lo coge con rabia asesina, lo estruja y se lo tira a su hijo a la cabeza.

—Te lo voy a hacer comer... Dibujar es cosa de monjas o de maricas; tendrías que estar estudiando, como Colás. ¡Hasta Ramón es más listo que tú! ¡Hasta la muchacha es más inteligente que tú! ¡Bobo! ¡Asno!

Paquito está frente a aquella mole descomunal totalmente inmóvil, pero con los hombros contraídos aguardando el golpe inevitable. Pálido, enclenque, pone toda su fuerza en sus ojos obsesivos. En la pared se siluetea la sombra del hombre alzando la mano sobre un bulto oscuro, encogido sobre sí mismo. Los segundos pasan lentamente. Uno, dos, tres. El viento ha cesado por un momento y solo queda el sordo run-rún de la lluvia y los truenos lejanos. La tensión insoportable se rompe cuando la madre se interpone entre el niño y su marido y propone con voz aguda:

—Por Dios, Nicolás, hay las rosquillas de anís que tanto te gustan, las ha traído Chinto desde Betanzos, ¿no querrás un rodaballo de la Graña? ¡De Padrón trajeron pimientos! ¡Empanada de chocos! ¡Licor café! —Y bajando el tono con toda la pasión que solo pone en sus hijos, ordena más que suplica—. Deja al chiquillo en paz...

Y con la fuerza telúrica de la mujer gallega que ha aguantado sobre sus hombros durante siglos un país desprovisto de hombres, que andaban en la emigración o en la guerra, lo va sacando casi en brazos de la exigua habitación, y aún puede hacerle a escondidas a su hijo una fugaz caricia en la mejilla helada. El marido va mascullando, ya vencida la furia, con un barboteo de autocompasión:

—¿Qué he hecho yo para tener este castigo? Toda la vida trabajando, deslomándome por vosotros. ¿Por qué me casé, por qué?

Aún se revuelve en un último ataque de furia contra Pilar:

—¡Y a saber lo que harás tú mientras yo estoy en el casino distrayéndome como todos los hombres! Tengo derecho, ¿no?

Y se pone a farfullar con la falta de lógica propia de los alcoholizados:

—Santurrona, beata, meapilas... por eso tengo queirme de putas. ¡Me obligas tú! No me das lo que me merezco...

Lloriquea de pena por sí mismo y da unos suspiros de conmiseración que le parten el pecho:

—Cualquier fulana me da más cariño que tú. ¡Nadie me quiere en esta casa!

Pilar, pasado su momento de cólera, intenta ahora razonar con mansedumbre en una letanía repetida cientos de veces:

—Todos te respetamos, Nicolás; yo te quiero...

Aquí vuelve a encrespase el hombre:

—¿Querer? ¡Tú no sabes cómo quieren las mujeres de verdad! ¡Las mulatas, las filipinas! —Se desase de ella y con las manos traza una curva voluptuosa en el aire—. ¡Eso son mujeres y no tú! Conchita me quería más con la uña de su dedo meñique, eso que solo tenía catorce años, que tú toda entera...

Y el hijo que tuve con ella, ¡que ni siquiera me conoce!, seguro que me respeta más que estos hijos de tal que no sé de quién son.

A pesar del cansancio acumulado, de los interminables años de vejaciones e insultos, la mujer aún intenta contemporizar:

—Nicolás, qué cosas tienes, no sabes lo que dices...

Su marido la imita aflautando la voz:

—No sabes lo que dices... La señorita de Baamonde y de Andrade... Te llevas a la más guapa de El Ferrol... Señoritín-ga *da merda* y del pan pringao, eso eres tú. ¡Caí como un pipiolo en tus redes! ¡Tanto mundo, tanta hembra para qué! ¡Para venir a parar en esto!

Y hace un ademán ampuloso abarcando a su mujer, la tormenta incansable que ahora vuelve a despertarse estrellándose contra la casa, abarcando El Ferrol y sus 20.000 habitantes, la ría, Galicia y hasta España entera, también culpable:

—¡No hace ni un año que hemos perdido Cuba y Filipinas! ¡Para eso me dejé la juventud allí! ¡Este país se va al ca-rajo! ¡Cómo no voy a beber!

Los hijos oyen sus voces cada vez más amortiguadas, la de la madre complaciente y tranquilizadora:

—Sí, claro que sí, Nicolás. ¡Y tantas familias que han perdido a sus hijos! Por aquí no, ¡no vas a comer en la cocina! ¿O prefieres acostarte un ratito?

La voz del padre, desabrida a veces, gemebunda otras, olvidado ya de sus hijos, continúa:

—Sí, ya sé que quieres que me acueste, para irte a rezar... ¿Cómo se llama esa virgen que te gusta? Chamorro o Chamorra, ¿no? —La mujer se persigna, horrorizada por la herejía—. Que te acompañe Paquita, ¡si hasta tiene voz de niña! Si es más chicazo Pila que él... Será más hombre Pila que él...

La madre, sin enfadarse, explica una vez más que si Paquita tiene la voz de niña es por su sinusitis, no respira bien por la nariz y tiene el tabique desviado, ya se lo ha dicho el doctor Díaz, pero su marido se desentiende:

—A mí qué me importa, esas son cosas de mujeres... no quiero comer... me voy a la cama.

Se vuelven a oír los zapatones, que hacen crujir el suelo de madera de castaño que se limpia con arena que se trae de la playa; se da un golpe al entrar en la habitación y tropezar con la puerta:

—Quién ha puesto esta puerta aquí. —Otro golpe con la cómoda—. Coño, cambiáis los muebles de sitio todos los días... será cosa de meigas. Mujer, sácame las botas...

A pesar de todo, a Pilar aún le pueden las preocupaciones domésticas, y protesta:

—¡La colcha! Espera, Nicolás. ¡La colcha! ¡Que quito la colcha!

La colcha la ha tejido a ganchillo durante dos años la tía Gildita, que desde entonces tiene que llevar lentes, y está hecha con un hilo tan fino como una tela de araña que se ha mandado traer de La Coruña. Por las noches, a la salida de la escuelita de doña Aurora, Paquito se sentaba delante de ella con la madeja alrededor de las muñecas, y mientras movía los brazos lentamente la tía iba formando un ovillo esponjoso que guardaba en una cesta al lado de la mecedora.

A Paquito lo quiere más que a sus hermanos, porque es su ahijado. La tía Gildita le cuenta historias de aparecidos, de buques fantasmas y de la Santa Compañía.

El hombre aún extrae de su interior agostado las últimas gotas de mala leche:

—La colcha, la colcha; es para lo único que sirve esta cama, ¡para ponerle la colcha! —Mira con rencor la barriga hinchada de su mujer—. ¡Si cada vez que te toco te quedas preñada! ¡Menuda ganancia!

Y otra vez vuelve a los gritos en el idioma de su infancia, invocando a la amante que ha dejado en Filipinas:

—Concha, Concha, *pobriña, te dexe co neno no ventre, ¡perdona, perliña!*

Se oye el peso muerto de un cuerpo cayendo sobre el colchón, y cuando parece que al fin llega la tranquilidad a la casa, se levanta en la noche, compitiendo con la lluvia que teclea ruidosamente sobre el tejado de cinc, siempre la misma habanera entre toses y quejidos:

Ay, qué placer sentía yo,
cuando en la playa sacó el pañuelo y me saludó.
Luego después vino hacia mí,
me dio un abrazo y en aquel acto creí morir.

Las últimas palabras apenas se oyen ya.

... creí morir...

Las ráfagas de viento traen hasta la casa el lejano silbido de los hilos del telégrafo, parece que cesa la lluvia, pero repentinamente golpea contra los cristales de las ventanas un fuerte aguacero. Se oye el chirrido de la barra de hierro que la muchacha ajusta sobre la puerta y el ruido de sus zuecos claveteados subiendo a la buhardilla donde está su cuarto. Paquito saca una hoja nueva de su carpeta, traza la curva de un pájaro exótico, borrando aquí con miga de pan, rascando allí con una cuchilla, empleando a fondo un carboncillo para hacer sombras, hasta que el hermano mayor, Colás, entra en la habitación. Los dos pequeños siguen debajo de la cama mirándolo todo como si estuvieran en el teatro. Colás, de ocho años, alto, tan parecido al padre. Jactancioso, ensaya una sonrisa y señala con el pulgar el pasillo, de donde surgen ya los ronquidos paternos, decretando con condescendencia:

—Ahora a él ya se le ha olvidado todo.

Levanta los ojos Paquito, ojos aterradores, de viejo, y le dice a su hermano:

—¡Pero a mí no!

Ahora sí se detiene la lluvia. El viento turbulento y otoñal vuelve a arreciar y una contraventana golpea en algún lugar de la casa con sonido de cañonazo. Y aquel niño frágil y endeble levanta el puño al cielo y le dice al mundo en un susurro enronquecido que pone electricidad en el aire y hace estremecerse a sus hermanos con un escalofrío premonitorio:

—¡Algún día me lo pagaréis!